

La Conversión del Corazón en Cuaresma

Por: Jimena Mason León

TRES COSAS TIENE EL AMOR.

Seguramente has cantado en muchos momentos “Tres cosas tiene el amor”, ¿no es así? ¿Recuerdas cuáles son esas tres cosas? Que Dios nos amó primero, que hay darse por entero y ponerse a caminar. Quiero invitarte justamente a ponerte en camino, para descubrir en tu vida la realidad de esas cosas del amor que tantas veces hemos cantado. La Cuaresma es una invitación a caminar, pero como veremos no un caminar cualquiera ni hacia cualquier lugar. Es un caminar con sentido y meta. Ven, acompáñame.

1. Sentido de la Cuaresma

El Tiempo de Cuaresma corresponde al período del año litúrgico que se inicia el Miércoles de Ceniza y se prolonga durante cuarenta días. Culmina en Semana Santa, antes del Jueves de la Cena del Señor. Estos 40 días tienen un sentido religioso, pues evocan otros períodos de tiempo similares vividos a lo largo de la Historia de salvación:

- Los Cuarenta años que pasó Israel en el desierto, esperando poder entrar en la tierra prometida.
- Los Cuarenta días que aguardó Moisés por la manifestación de Dios en el Monte Sinaí.
- Los Cuarenta días que ayunó Jesús en el desierto aguardando la fortaleza del Espíritu para cumplir su difícil misión.

Por ello, la Cuaresma es un tiempo propicio para que los cristianos nos pongamos en camino, hagamos una pausa y nos dejemos tocar por el Amor de Dios. En el “desierto” del silencio, de la oración, de la reflexión, nos podemos encontrar con el Dios de la Vida que nos sale al encuentro. Así como ocurrió con el Pueblo de Israel, con Moisés, con Jesús.

Como te decía, la Cuaresma se inicia el Miércoles de Cenizas. Una celebración tradicional en la cual como signo de confianza y abandono, los creyentes nos imponemos las cenizas en la frente. Al recibir estas cenizas recordamos que somos tierra y que volveremos a ella. Significa reconocer nuestra finitud. Pero también nuestro origen. Fuimos creados por Dios. Creados para el Amor, a imagen y semejanza de nuestro Creador.

Pero las cenizas también son signo de dolor, de luto, de arrepentimiento (Job 42, 5-6). Y es que nuestra existencia está atravesada por la realidad del pecado, de la fragilidad. Hemos sido creados para amar, pero no siempre hemos respondido que sí a ese amor. Las cenizas nos recuerdan también este hecho.

Así, el punto de partida de la Cuaresma es la constatación de que somos creados y que somos frágiles, que hemos pecado. Y por eso necesitamos de nuestro Señor. Al tomar conciencia de esta necesidad, podemos ponernos en camino. ¿Hacia dónde?

Les decía que la cuaresma es un camino con un destino muy claro. La Pascua de Jesús, el misterio de su Amor, de su Entrega por cada uno de nosotros. Hacia allá caminaremos y en el intertanto, quizás comprenderemos qué significa ese amor.

2. Dios nos amó primero.

Como decíamos, el primer movimiento es de Dios. Es Él quien nos crea. Nos llama a la vida por Amor. Hemos sido creados por amor, para amar. Él nos eligió, él nos soñó. Él nos modeló, con sus manos, e insufló en nosotros su Espíritu. Y vio que su creación era muy buena. (Gn. 2, 7; Gn. 1, 31)

Sin embargo, el hombre y la mujer se apartaron. Pese a tanto amor, ellos desconfiaron y buscaron prescindir de ese Amor. La tentación del conocimiento total representado en la oferta de la serpiente de comer del árbol prohibido, despierta ese deseo escondido de querer independizarnos de Dios. Ser nosotros nuestros propios dioses. Dios no se enoja entonces porque ellos desobedecieran a un "capricho": no comas de ese árbol. No, lo que a Dios le dolió fue la falta de amor, el deseo de hacer su vida de espaldas a Él.

Pero Dios no se conformó. Incluso al expulsarlos del paraíso les dio ropa, para que no se fueran desprovistos del todo (Gn. 3, 21). Y no solo eso, sino que los siguió de cerca, confió en ellos y volvió a hacer alianza con su criatura (Noe; Gn 9, 13ss). Y no una sino varias veces: con Abraham, (Gn. 17,4), con Moisés (Dt.5, 2). Hasta la Alianza definitiva en su Hijo Jesús.

Esto, porque nos amó primero. Nos eligió para ser sus hijos y la palabra de Dios es Fiel. Dios no cambia de idea. Nos ama y punto. Dios es Amor. Por eso nos busca y nos sale al encuentro. Por eso no cesa de salvarnos (Is. 43, 1-7) y de perdonarnos (Os. 2)

la raíz de todo
en el corazón

 www.dehonianos.cl

Este amor de Dios por nosotros es semejante al amor de un Padre (Os. 11,1). Jesús mismo nos enseña que Dios es Padre en incontables parábolas. Y así como el Padre del Hijo Pródigo, corre a nuestro encuentro, nos recibe con los brazos abiertos, nos da una túnica nueva y hace fiesta, aunque sepa que tal vez volveremos a irnos. Nos ama como Padre y su amor es eterno (Is. 54,8)

Quizás este hecho es el más difícil de reconocer y aceptar, pues nuestra vida está llena de pruebas acerca de las faltas de amor. Por lo que nos es difícil creer que alguien pueda amarnos de esa forma. En alguna parte debe estar la "letra chica", las condiciones no conversadas, no pactadas. Pero no. Todo se resume en la palabra de Jesús: "Yo los he amado a ustedes como el Padre me ama a mí, permanezcan en mi amor. Si guardan mis mandatos, permanecerán en mi amor, así como yo permanezco en el amor del Padre, guardando sus mandatos (...) Ustedes son mis amigos si cumplen lo que les mando". (Jn. 15, 9-10.14)

La respuesta a tanto amor es hacer lo que Jesús nos manda. Precisamente de este mandato trataremos a continuación.

3. Darse por entero.

La contemplación del amor debería movernos al amor. Dios amó y nos creó por amor. Para amar. Ese es nuestro fin. Es lo que nos hace humanos. Completos, plenos. Eso es lo que nos vino a mostrar Jesús con su vida, con sus palabras, con su obra. Es su mandamiento: "Ámense unos a otros como yo los he amado. No hay amor más grande que éste: dar la vida por sus amigos" (Jn. 15, 12-13)

En nuestro ser está la huella del Otro. A quien buscamos incansablemente. Por eso estamos abiertos a compartir. Por eso es que como seres humanos requerimos de los demás. Pero no sólo para recibir cariño, cuidados, sino para darlos. A imagen de nuestro Creador, que se nos dio en la Creación, a través de su Espíritu, y se nos dio en la Redención, en su Hijo. Ese amor nos hace humanos, plenos. Ese movimiento constante que nos hace salir de nosotros mismos.

Acoger la vida es acoger esta capacidad de donación y entrega constante. Nuestra espiritualidad dehoniana pone delante nuestro esta realidad, al hablar de los tres valores fundamentales: la disponibilidad, que nos abre a la realidad de Dios; la fraternidad, que nos señala la relación con los demás seres humanos; la solidaridad, como ese movimiento vital que debe animar nuestra vida. Reconocer el amor de Dios por nosotros debe alentar a nuestra propia capacidad de amar y entregarnos. De "darnos por entero".

No obstante, nuestra naturaleza también es frágil. Ya lo decíamos anteriormente, existe en nosotros una fuerte tensión entre esta llamada al amor y la tentación del repliegue sobre sí mismo. En palabras de san Pablo: "De hecho, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero" (Rm. 7, 19) Es lo que nos lleva no en pocas ocasiones a escoger el camino del egoísmo, del bien personal, por sobre el bien común; es lo que nos lleva a depender de las cosas, de las personas, de los proyectos personales. Cuando olvidamos el amor, cuando olvidamos esta misión fundamental de nuestra existencia, somos más proclives a alejarnos de nuestra vocación. Y por ende a elegir el camino que nos aleja de la Vida verdadera.

Por ello, es muy importante en este tiempo poder mirarnos y preguntarnos: ¿Dónde estamos? ¿Dónde está nuestro centro? ¿Dónde tenemos puesto el corazón? Revisa: ¿a qué le das prioridad en tu vida? ¿Qué aspectos de tu vida consumen la mayor parte de tu tiempo? ¿Qué palabras comúnmente salen de tu boca? Todo ello te dará una pista acerca del lugar donde está tu corazón y aquello que lo habita. (Cf. Mt. 6, 21; Mt. 12, 34b)

4. La Conversión del Corazón. Ponerse a Caminar.

El encuentro con el Amor Misericordioso de nuestro Dios nos debería llevar a comprender nuestra vocación al amor, a darnos por entero, y por lo mismo a ponernos en camino. ¿En camino de qué?

La espiritualidad recoge un término muy especial para referirse a ello: habla de "conversión". La conversión evoca un cambio radical, una transformación interior. Es caer en la cuenta, a tal punto que no puedo seguir haciendo las cosas como las hacía antes. Tengo que modificar actitudes, tengo que hablar con algunas personas, tengo que hacer cambios en mi vida y ahora. No puedo seguir como estaba antes.

Ahora bien, la conversión como tal implica un cambio paulatino. Son idas y venidas. Porque tanto nos ponemos de pie y nos hacemos firmes propósitos, como volvemos a caer y nos alejamos de éstos. Es por ello, que la conversión es un camino, un proceso que nos va acercando cada vez más a la identificación con Jesús, con su Corazón. Porque de eso se trata. Identificarnos con sus deseos, con su forma de ver la vida, con su forma de amar y hacer las cosas. "Y ahora no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Todo lo que vivo en lo humano se hace vida mía por la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí". (Gál. 2, 20)

Esta experiencia de identificación con Jesús es el camino que hizo san Alberto Hurtado. La pregunta que hasta el día de hoy nos sirve de ejercicio espiritual: "¿Qué haría Cristo en mi lugar?".

Es también el motor que alentó la vida de Padre Dehon. Sus últimas palabras resumen lo que fue su vida. "Por el viví, por Él muero". Toda su obra, sus sacrificios, desvelos, tuvieron su raíz en ese amor del Señor y por el Señor. Por su Corazón.

Por ello, la conversión entraña un cambio profundo, del corazón, que implica un proceso, un camino. En palabras del Papa Benedicto XVI: "Convertirse quiere decir buscar a Dios, caminar con Dios, seguir dócilmente las enseñanzas de su Hijo, Jesucristo (...) **Conversión consiste en aceptar libremente y con amor que dependemos totalmente de Dios, nuestro verdadero Creador, que dependemos del amor.** Esto no es dependencia, sino libertad. Convertirse significa, por tanto, no perseguir el éxito personal, que es algo que pasa, sino, abandonando toda seguridad humana, seguir con sencillez y confianza al Señor para que Jesús se convierta para cada uno, como le gustaba decir a la beata Teresa de Calcuta, en «mi todo en todo». Quien se deja conquistar por él no tiene miedo de perder la propia vida, porque en la Cruz Él nos amó y se entregó por nosotros. Y precisamente, al perder por amor nuestra vida, la volvemos a encontrar".

Recuerdo aquí otra canción: "Perder la vida, tomar la cruz, seguir los pasos de Jesús, amar con su forma de amar. Perder la Vida, para ser luz". Esa es la invitación en esta Cuaresma: ponernos a caminar, recordar que Dios nos amó primero y que debemos darnos por entero. Caminar con Jesús hasta los pies de la cruz, seguirlo, perder la vida si fuera necesario, para ser luz. Es la conversión a la que estamos llamados. La conversión del Corazón.*

* Benedicto XVI, 21 de febrero de 2007;
en <http://www.corazones.org/diccionario/conversion.htm>

